

# Prof. Guido Villa-Gómez Loma

1917-1968

## A GUIDO VILLA-GÓMEZ

Octavio Campero Echazú

25 de enero de 1993.

¿A qué sonoro viento de la noche,  
o a qué soplo recién amanecido,  
le confiaré, estrujadas por la pena,  
las cosas que le escribo?...

¡Adiós a todos lo que más amaba!  
al lay del val y la canción del río;  
al cinturón de mieses de la tierra,  
que usted laudó en sus áureos romancillos.

Me dormiré en el seno de la tierra  
como en los brazos de la madre el niño.

Y aunque después no sea  
más que un puñado mísero  
de polvo siempre hollado  
por rudos campesinos,  
me velará el temblor de las estrellas  
y la ruda plegaria de los grillos.


¡Adiós a todo! A toda fiesta  
de amor y arrebatado ritmo.  
A la amada sin par que obró el milagro de  
hacer brotar, en árbol ya marchito,  
pomos de oro y yemas de rocío.  
A todas las mujeres que pasaron  
por nuestra vida como un himno de juventud:  
Fugaces melodías,  
sorbos de miel en copas de suplicio.

Adiós a nuestras pláticas nocturnas,  
que tenían el íntimo perfume de los versos,  
alas de música y sabor de vino.

Pág. 2 25-1-93

### A Guido Villa-Gómez

Octavio Campero Echazú



que la débil antorcha con que marchan  
- ¡tan a ciegas! - los vivos.

Y adiós, ahora,  
¡Voy a dormirme, Guido!

"Aroma de otro Tiempo"  
Talleres Gráficos de la Universidad  
"Juan M. Saracho", Tarja, 1971.  
A Guido Villa-Gómez  
Octavio Campero Echazú

¿A qué sonoro viento de la noche,  
o a qué soplo recién amanecido,  
le confiaré, estrujadas por la pena,  
las cosas que le escribo?...

Adiós a todo lo que más amaba!  
Al lay del val y la canción del río;  
al cinturón de mieses de la tierra  
que usted laudó en sus áureos romancillos.

Me dormiré en el seno de la tierra  
como en los brazos de la madre, el niño.  
Y aunque después no sea  
más que un puñado mísero  
de polvo siempre hollado  
por rudos campesinos,  
me velará el temblor de las estrellas  
y la aguda plegaria de los grillos.

Adiós a todo! A toda fiesta  
de amor y arrebatado ritmo.  
A la amada sin par que obró el milagro  
de hacer brotar, en árbol ya marchito,  
pomos de oro  
y yemas de rocío.  
A todas las mujeres que pasaron  
por nuestra vida como un himno  
de juventud: fugaces melodías,  
sorbos de miel en copas de suplicio.

Adiós a nuestras pláticas nocturnas  
que tenían el íntimo  
perfume de los versos,  
alas de música y sabor de vino.

¿Cuántas veces surgieron, al conjuro  
del recuerdo, los nombres más queridos!  
Y hablaba con nosotros, desde el alma,  
la voz de los amigos...

Al son de nuestro verbo de insurgencias  
- clarín del alba, látigo de Cristo-  
amanecía el pueblo liberado  
de su noche de oprobio y de martirio.

¿Y cómo se murieron nuestros sueños  
antes de haber vivido!...  
También nosotros  
inevitablemente nos morimos.  
Digo nosotros, porque yo lo llevo  
- ancía de oro- en mi canño.

Si de mi roto cáliz  
se ha de verter la sangre de Dioniso,  
para engendrar la poma de mañana  
y el futuro racimo,  
¿en qué vaso de Dios arderá luego  
el óleo de mi espíritu?...

Veré, tal vez, paisajes nuevos  
por las claras pupilas de mis hijos.  
Me llevarán sus plantas  
por todos los caminos.  
Seré en su corazón ala de pájaro,  
y en sus puños, martillo.

Si así fuera, mi lámpara de muerto  
echaría más luz sobre el abismo  
que la débil antorcha con que marchan  
- ¡tan a ciegas! - los vivos.

Y adiós, ahora,  
¡Voy a dormirme, Guido!

"Aroma de otro Tiempo"  
Talleres Gráficos de la Universidad  
"Juan M. Saracho", Tarja, 1971.

*Prof. Guido Villa-Gómez Loma*  
1917-1968

¡Cuántas veces surgieron, al conjuro  
del recuerdo, los nombres más queridos!  
Y estaba con nosotros, en el alma,  
la voz de los amigos.  
Al son de nuestro verbo de insurgencias  
—clarín del alba, látigo de Cristo—  
amanecía el pueblo liberado  
de su noche de oprobio y de martirio.

Y como se murieron nuestros sueños  
antes de haber vivido,  
también nosotros  
inexorablemente nos morimos.  
Digo nosotros, porque yo lo llevo  
—ancia de oro— en mi cariño.

Si de mi roto cáliz  
se ha de verter la sangre de Dioniso,  
para engendrar la poma de mañana  
y el futuro racimo,  
¿en qué vaso de Dios arderá luego  
el óleo de mi espíritu...?

Veré, tal vez, paisajes nuevos  
por las claras pupilas de mis hijos.  
Me llevarán sus plantas  
por todos los caminos.  
Seré en su corazón ala de pájaro,  
y en sus puños, martillo.

Si así fuera, mi lámpara de muerto  
echaría más luz sobre el abismo  
que la débil antorcha con que marchan  
—¡tan a ciegas!— los vivos.

Y adiós, ahora.  
¡Voy a dormirme, Guido!